

la vagancia, olvida sus mas sagrados deberes, no siente amor á su familia, gasta sin órden ni concierto, malversa cuanto posee, se embrutece y llega al mayor extremo de degradacion moral.

De manera que la higiene, así como la moral, están de acuerdo para condenar la embriaguez, por ser nociva para la salud y altamente perjudicial á las buenas costumbres.

En vista de estas reflexiones, no puedo menos de lamentar que haya escritores que, obcecados ó extraviados por el reprehensible afan de adular al pueblo, de halagar sus malas pasiones y de disculpar sus faltas, den pábulo á la embriaguez, atenuando sus efectos con la consideracion de que los que sufren, necesitan olvidar algunos instantes sus pesares y amarguras. El proletario trabaja largas horas, tiene pocos momentos de descanso; con el sudor de su rostro y el penoso ejercicio de sus brazos, á duras penas gana el pan que ha de sostener sus fuerzas y alimentar á sus hijos; vive expuesto á la intemperie sufriendo la inclemencia de las estaciones; y en tanto que arrastra

tan penosa vida, ve que otros viven en la abundancia, en el seno de las comodidades y de los placeres; por lo tanto, bien puede permitirse al que no conoce otro goce, que se entregue alguna vez al que pueden proporcionarle las bebidas alcohólicas. Así se expresan los que pretenden, movidos por bastardos impulsos, cohonestar el mencionado vicio, y hacerle menos odioso aun para los que se abandonan á él. No seguiré yo la senda trazada por los filósofos que aparentan querer al pueblo, engañándole y fomentando sus malas pasiones. La embriaguez no deja de ser un mal, aun para los que sufren la escasez y todas las consecuencias de la pobreza: lejos de contribuir á endulzar sus penas, las aumenta; lejos de mejorar su situacion, la empeora; lejos de disminuir los males inherentes á su miseria, los agrava, y ademas embrutece y degrada.

Así que, no veo razon alguna que pueda servir de defensa, ó de disculpa fundada á tan reprehensible vicio. Consideradlo bien, hijos mios, y que nunca vuestra debilidad os conduzca á tan la-

mentable extravío, nocivo para la salud, perjudicial para los intereses de las familias, y odioso por el sello que lleva consigo de embrutecimiento y degradacion moral.

De la avaricia.

Entre las malas pasiones que afligen al género humano, no hay una mas odiosa y menos justificable que la avaricia. No debe parecer extraño que haya merecido en todos tiempos severa censura, y que la haya ridiculizado el genio festivo y satírico de algunos poetas. El avaro, como el hidrópico, se ve atormentado de una sed insaciable de oro que nunca satisface; corre en pos de una sombra; sueña con la felicidad, y se hace la ilusion de encontrarla en la acumulacion de dinero. Nunca abandona su fantasía el fascinador brillo del oro, y á manera de la mariposa que vuela y gira en torno de la luz, y arrebatada por su influjo fatal se sumerge en la llama donde en-

cuentra su muerte, así el avaro, que vive solo para el oro, halla en él la muerte de su espíritu. Es esto tan cierto, que todos sus pensamientos se hallan reducidos á un estrecho círculo: el afán de aumentar el capital creyéndole siempre escaso, y buscando con agitacion febril y con incansable actividad cuanto pueda conducir á satisfacer sus deseos. Trabaja noche y dia; su sueño es intranquilo, y no halla en él el dulce reposo que encuentra el que sabe limitar sus aspiraciones y llevarlas mas fácilmente al terreno de la realidad. Sus sentimientos están sofocados por la pasion que los domina; su corazon está marchito y seco; no hay afecciones dulces para él: ni los vínculos de la familia, ni los lazos de la amistad son de importancia cuando se trata de una cuestion de dinero, sacrificándolo todo á su vil y detestable codicia. Su vida es desconsoladora: por efecto de una providencial expiacion, es mas pobre en medio de su riqueza que el infeliz proletario, que no cuenta mas que con el escaso estipendio, fruto de su habitual trabajo. Vive lleno de priva-

ciones; escasea hasta los gastos indispensables para atender á las primeras necesidades; huye de toda comodidad que exija cercenar su capital; califica de supérfluo y de culpable lujo tener una mesa decente y vestir con decoro, y tiene hasta la vil hipocresía de calificar con el nombre de modestia su estrechez y su indisculpable miseria. Fija siempre su vista en el porvenir, sin pensar en lo presente, cree que todo le es necesario, y cierra su corazon á la caridad; ve impasible al pobre que carece de trabajo; mira con indiferencia al anciano que, debilitado por la edad, no puede proporcionarse con sus brazos el indispensable alimento; vuelve su espalda al indigente huérfano que no tiene mas recursos que la limosna de los bienhechores; no hay desgracia que le conmueva, ni acontecimiento infausto que le impresione, como no sean los quebrantos que sufren sus intereses. Vive aislado en el seno de la sociedad; no conoce otras relaciones que las que pueden proporcionarle dinero, ni otros goces que el dulcísimo placer de hacer el recuento de su tesoro

y lisonjearse con haberle acrecido, siquiera sea en fuerza de privaciones y sufrimientos. La natural complacencia que le proporciona la posesion de su riqueza le hace tímido y poco resuelto, no atreviéndose á aventurar lo que tanto ama, y á correr los riesgos que lleva consigo toda especulacion. Así que el avaro suele ser amortizador del capital que posee, sustrayendo indebidamente de la sociedad una riqueza que, puesta en circulacion, redundaria en su beneficio. Y no se crea que recargamos el afflictivo cuadro de la avaricia, que ciertamente á mayores y mas tristes exageraciones conduce este execrable vicio. Y ¿qué encuentra el avaro en cambio de tanto aislamiento, de tanta escasez, de tan grandes privaciones? ¿Consigue, por ventura, realizar la felicidad á que aspira? No, en verdad: la terrible ley de la expiacion se cumple en él: esclavo del oro, vive y muere sintiendo todas las necesidades de la pobreza. Su sed no tiene hartura; sus deseos no se sacian, y por mas que acumule riquezas, nunca encuentra bastante para su satisfaccion. Por otra parte, y por

un inconcebible extravío de su razón, olvida que al fin su vida es efímera y transitoria, y que el bien por cuya posesión había suspirado tanto, y que representa tal cúmulo de sinsabores, de disgustos y de trabajo, no le sigue al sepulcro, y tiene que abandonarlo, transmitiendo á otro el fruto de sus afanes y sudores. ¡Sensible separación! ¡Triste divorcio producido por la muerte, y que sufre con extrañeza, porque parecía, en medio de su razón obcecada, no estar al alcance de su previsión! ¡Dolorosos momentos los del avaro moribundo, que en su agonía vuelve la vista al sitio que encierra su tesoro, objeto de sus esperanzas é ilusiones, y ve con desconsuelo y grande amargura que la muerte le arrebatara su dulce posesión! Pero mucho más tristes serían por cierto, si pudiera después de algún tiempo levantar la losa de su sepulcro, y ser testigo de la común malversación del capital que con tanto trabajo había allegado; pues es un hecho notorio y comprobado por la experiencia, que el capital del avaro encuentra siempre un heredero pródigo, que mal-

gasta el tesoro que su antecesor le ha legado, cumpliéndose la indeclinable ley de las compensaciones, que tan admirablemente conduce á la equitativa distribucion de la riqueza.

En estas breves reflexiones, hijos mios, está juzgada la avaricia: queda probado suficientemente que es una bastarda pasion que extravía la razon, sofoca y marchita con su impuro hálito los buenos sentimientos y los mas tiernos afectos, extingue la caridad, reduce al hombre á la mayor escasez, haciéndole víctima de sus locos deseos, y realizando en él el sorprendente contraste de sentir enmedio de la opulencia todas las necesidades de la pobreza.

Compadeced, hijos mios, este desacuerdo de la razon humana, y procurad dar su verdadero valor á la riqueza, no malversándola, sino empleándola útilmente; no sufriendo privaciones por el insensato afan de aumentarla, sino disfrutándola prudentemente, y reservando lo que la prevision os aconseje para asegurar vuestro porvenir y el de vuestros hijos.

PARTE CUARTA.

CONSIDERACIONES SOBRE LA NATURALEZA.

La aurora.

Al grave y majestuoso silencio de la noche, al reposo y sueño de los seres vivientes, á ese enmudecimiento de la naturaleza que ofrece las apariencias de la muerte, sucede nuevamente el dia, y con él el movimiento y la vida. No hay espectáculo de mas sorprendente efecto que la salida del sol, ora en las llanuras, cuando se descubren extensos horizontes, ora entre montañas, cuando los accidentes del terreno ofrecen las agradables alternativas de sombra y de vivísima luz, ora en las aguas del Océano, que se pintan de variadas tintas. Luego que empieza á despuntar el dia, aun antes de aparecer el sol sobre

el horizonte, se presentan cuadros tan risueños, perspectivas tan agradables, escenas tan sorprendentes, que parecen en realidad una resurreccion de la naturaleza. La aurora con sus albores despierta á las avecillas, que, contentas con la vida, manifiestan su júbilo en dulces y armónicos cantos; suave y fresca brisa mueve las hojas de los árboles anunciando con su plácido susurro que van á recibir la benéfica accion del sol; las yerbas mustias y caidas con el frio de la noche, se levantan y aparecen cubiertas del rocío que las humedece y refresca; los corderillos salen del aprisco, y triscan y corren de prado en prado, de otero en otero; el pastor abandona su cabaña, coge el pellico y el cayado, y va tras de su rebaño, bendiciendo el nuevo dia en toscas y sencillas tonadillas; el labrador marcha en direccion del terreno que cultiva al armónico compás de las esquilas de sus yuntas; todo en la naturaleza es animacion y vida. Si contemplamos este bello cuadro entre montañas, ¡cuántos objetos de admiracion se presentan á nuestra vista! Las cimas

mas altas aparecen doradas por los primeros rayos del sol, contrastando con la lúgubre sombra de los hondos valles; las chimeneas de los humildes caseríos comienzan á despedir columnas de humo, que como mas leve, sube sobre las densas é inferiores capas de la atmósfera; la campana de las aldeas vecinas, con su místico y respetuoso tañido, recuerda al hombre el deber de orar y bendecir á Dios; el caramillo de los pastores, el ronco ladrido de los perros, el dulce balido de las ovejas, los suaves trinos de los pajarillos, forman un conjunto tan bello y admirable, que no hay pincel que pueda representarlo con su verdadero colorido. En la inmensidad del Océano la escena es mas silenciosa, pero mas grave: despues de teñirle de agradables colores los primeros rayos de luz, sale el sol de su seno como esfera de resplandeciente oro, abandonando su blando y fresco lecho, y meciéndose todavía en el ondulante movimiento de sus aguas; el graznido de las aves acuáticas y el ruido de las olas producen mágico y sorprendente efecto.

Si despues de haber admirado las bellezas de la naturaleza nos trasladamos á un gran centro de poblacion, ¡qué emociones tan diversas se sienten en la contemplacion de la vida social! El humo de las chimeneas de las fábricas, el ruido de los talleres, el bullicio y animacion de los mercados, las voces de los vendedores, todo indica que la sociedad vuelve á sus activas faenas; que el hombre empieza, despues de haber repuesto sus fuerzas, el trabajo que produce los medios de su subsistencia. Abandonan el lecho el menestral y proletario, y van á ofrecer el tributo de sus fuerzas, empleándolas en las diversas obras de arte; el hombre de negocios que tiene precision de distribuir convenientemente el tiempo, y de pensar la direccion que ha de dar á aquellos á fin de que sea acertada y provechosa á sus intereses; el literato, que dormido entre las bellas imágenes que recuerda su activa inteligencia, se levanta lleno de inspiracion y de vigorosa energía á trasladar al papel sus pensamientos; el comerciante, que considerando el tiempo como

un rico capital, no desperdicia un instante, y cuenta los minutos para ocuparlos en el trabajo y despacho de sus asuntos; el digno y virtuoso sacerdote, que despues de haber orado en su humilde estancia, va con paso tranquilo y grave á la morada del Señor á ofrecerle sus respetuosas preces, pidiéndole por las necesidades de su grey, implorando su clemencia y bendiciendo su divino poder; el médico, que con laudable abnegacion y ferviente celo se dirige á los asilos de beneficencia, á prodigar sus cuidados á los desdichados enfermos y á ofrecer los consuelos de su profesion á todo el que padece. De este modo se combinan los trabajos y ocupaciones respectivas, colocándose cada uno en el sitio correspondiente á su destino y desempeñando obligaciones distintas, pero que conducen á un mismo fin, á satisfacer todas las necesidades así físicas, como morales de la familia y de la sociedad.

Madrugad, hijos mios: desechad la pereza, que tan nociva es, principalmente para todo el que tiene que vivir de su trabajo, y

admirareis con inefable placer el halagüeño cuadro que ofrece la aurora, sintiendo la dulce emoción que se advierte en todos los seres de la naturaleza.

El crepúsculo.

Al acercarse el sol á su ocaso ofrece la naturaleza un cuadro sublime y majestuoso, que, al mismo tiempo que produce en nosotros sensacion de asombro, nos recuerda la grandeza del Creador. A medida que la luz se va entibiando, la refraccion de sus rayos en las capas inferiores de la atmósfera la descomponen, dando lugar á tintas variadas y matices que forman los hermosos arreboles, que se observan antes y algun tiempo despues de ocultarse el astro que preside al dia, debajo del horizonte. No parece sino que como rey de nuestro sistema planetario, con la majestad de un monarca prepara su lecho, y le

rodea de la mas rica y vistosa colgadura. ¡Qué paisaje tan grandioso! ¡Qué belleza en el conjunto! ¡Qué variedad en los detalles! ¡Qué sorprendentes efectos de luz! ¡Qué admirable movilidad en la perspectiva! ¡Qué brillantez en el fondo de oro que se descubre, cuando la atmósfera está limpia! ¡Qué color purpúreo en las rafagas que en ocasiones la empañan! Y lo mas digno de notarse es que no hay nunca identidad en el paisaje, á pesar de repetirse todos los dias y aun en una misma localidad. Si al trasmontar el sol dirigimos una mirada al resto de la naturaleza, observaremos el contraste que forma con la auro-ra. Todos los seres sienten el influjo de la falta de luz solar: la atmósfera se enfria; los vapores que existen en las capas inferiores empiezan á condensarse, y pronto llega á sentirse una suave y húmeda brisa; los vegetales dejan oir el suave murmullo de sus hojas; algunos recogen y cierran sus corolas; los animales, cansados de la actividad y movimiento en que han estado durante el dia, sienten la necesidad del reposo que ha de

reparar sus fuerzas; las aves nocturnas abandonan sus moradas y salen á recoger lo que han dejado las diurnas, y algunas á sorprender los inocentes pajarillos entregados al descanso; ciertos insectos sombríos que huyen de la luz solar entonan su monótono y lúgubre canto: todo anuncia que ha llegado la hora del silencio, y que la naturaleza recuerda á los seres que la pueblan que su actividad no interrumpida agotaría su vida, y que es menester el sueño para la debida reparacion de las fuerzas perdidas. El hombre que no se aparta del órden de la naturaleza oye su voz y deja el trabajo; el labrador suspende sus faenas, recoge la esteva ó la azada, y vuelve á su hogar con el ánimo tranquilo y la satisfaccion de ver pronto á los objetos queridos que ha dejado durante el dia; al son de las esquilas del ganado entona alguna sencilla cántiga que le alienta, y le da brios para llegar á su morada. El pastor reúne sus ovejas y las recoge en el aprisco, donde le espera el sabroso y sencillo alimento que ha de reparar su vigor, y el blando para él y mullido

lecho que le proporciona su pellico; el ladrido de sus perros le indica que tiene fieles guardadores de su ganado, que velarán custodiándole con celo, en tanto que él se abandona rendido al sueño. El campanario de la iglesia, con solemne tañido, hace la señal de silencio, y recuerda el deber de dirigir al cielo nuestras humildes plegarias.

El hombre social es el que, separándose del orden de la naturaleza, prolonga las horas de actividad, dedicándose unos á labores mecánicas, otros á trabajos de inteligencia, otros á solazar su ánimo con variados y á veces no provechosos entretenimientos. Quién consume gran parte de la noche en la lectura de fútiles libros, debilitando su vista y su inteligencia; quién malversando su capital y comprometiendo la fortuna de sus hijos, en las casas de juego; quién en maquinaciones políticas que tienden á subvertir el orden establecido. El que de este modo pasa las horas que habia de consagrar al reposo, falta á las leyes á que el hombre, como los demas seres vi-

vientes, debe estar sometido, y cuya transgresion es tan nociva para la salud.

Vivid vosotros, hijos mios, en armonía con la naturaleza: emplead el dia en el trabajo, y dejad la noche para el descanso, que ha de restaurar la fuerza, así de vuestra inteligencia, como de vuestros fatigados miembros; no intentéis vivir como lo hacen algunas clases de la sociedad invirtiendo el orden establecido, porque nunca se falta impunemente á las leyes sabiamente dispuestas por el Hacedor Supremo.

El sol.

El sol, centro de nuestro sistema planetario, océano de luz, astro refulgente que preside al día, lámpara que nos alumbra suspendida en la inmensidad de los espacios, asombro de la naturaleza, prodigio de la creación, es objeto demasiado grande para que pueda ser tratado convenientemente por la humana inteligencia. Al considerar su belleza, su majestad y su importancia en la vida de todos los seres que habitan nuestro planeta, no sorprende en verdad que en la infancia de las sociedades y entre pueblos todavía no civilizados, como los persas, los egipcios, los mejicanos, se le ofreciera culto y se le

consagraran templos; confundiéndole con el Supremo Ser que con su inteligencia rige y gobierna todo lo creado. Disculpa merece en la ignorancia de aquellos tiempos este homenaje hácia un ser en quien se encuentran tantos motivos de admiracion, y cuya existencia es de tanta importancia para la vida de nuestro planeta. Hoy, que la ciencia le ha reducido á sus verdaderos límites, ha descendido del Olimpo donde figuraba como soberano; y ocupa un trono mas humilde, aunque todavía muy excelso, en la gerarquía que estableció y ordenó el Creador, siendo centro, como antes he dicho, de nuestro sistema planetario. El gira sobre sí mismo en el espacio de veinte y cinco dias y cinco horas, y tiene, segun los astrónomos, movimiento de traslacion hácia la constelacion Hércules. Es un millon cuatrocientas mil veces mayor que la tierra, y dista de nosotros treinta y ocho millones de leguas. Está compuesto de un núcleo en incandescencia y de tres atmósferas de diferentes cualidades: la luz que nos alumbra, y de la que es inmenso foco, la re-

cibimos, segun opinion de unos, por emision; y segun otros cuyo parecer está hoy mas admitido, poniendo en vibracion una materia difundida por el espacio, y cuyas ondulaciones llegan hasta nosotros en el breve tiempo de ocho minutos y medio. Su fuerza de atraccion, medida y legislada por Kepler y Newton, obra en razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, regulando y haciendo armónico el movimiento de los planetas que están subordinados á su esfera de actividad. El es el alma de todo lo que vive; sin su benéfico influjo no hay germinacion de las semillas, ni crecimiento de los vegetales, ni formacion y madurez de los frutos; sin su necesaria actividad, sucumbirian los embriones animales; no habria desarrollo conveniente de los órganos, ni se sostendria el equilibrio de las funciones, ni se manifestaria exuberancia de vida para la reproduccion. Sin el sol la naturaleza no ofreceria mas que las señales de la muerte, la exterioridad de un vasto cementerio y el silencio de los sepulcros. Concíbase por un

solo instante, si es posible, la desaparicion del sol, y el órden se convertiria en desórden, la luz en perpétuas tinieblas, la tierra en un panteon; los planetas que hoy giran armónicamente alrededor de él, se precipitarian unos sobre otros, absorbiéndose y confundiendo sus masas; los cuerpos cambiarian de forma; los mares apareceria helados; los vegetales marchitos; los animales en un estupor como el de los invernantes, que no podria ser muy duradero; en una palabra, la naturaleza seria otra vez, por la perturbacion de todos sus elementos, la imágen fiel, la verdadera representacion del caos.

Admirad, pues, hijos mios, contemplad con asombro esa hechura de la creacion, y no dejeis de bendecir al que formó obra tan inmensa y de tan inestimable precio. Admiradle en la aurora, cuando su lumbré dora las cimas de las mas altas montañas; en el crepúsculo, cuando ofrece á vuestra vista tan sorprendentes y variados paisajes; en los dias de invierno, cuando aparece radiante al través de una atmósfera diáfana y de

de un azul purísimo; en los de estío, cuando sus rayos abrasadores maduran las doradas espigas de los cereales; cuando envuelto en una nube se vislumbran sus perfiles bajo la forma de un disco de oro; cuando la luna, interpuesta, nos oculta una parte mayor ó menor de su área, y nos ofrece los grandiosos é imponentes eclipses; y os convencereis de que nada hay en el orden de la naturaleza que pueda compararse con él en belleza y magnificencia. Sea su imagen para vosotros débil y humilde remedo del Sol de las inteligencias, que todo lo ha creado con su inmenso poder, y que todo lo sostiene y conserva con su infinita sabiduría.

La luna.

La luna es un planeta secundario, satélite de la tierra, astro que preside á la noche, y que nos alumbra, aunque con luz prestada, desde que el sol abandona nuestro horizonte. Gira sobre sí misma, y se mueve alrededor de la tierra, haciendo su revolucion en el espacio de veinte y siete dias y siete horas, y la llamada sinódica en veinte y nueve dias y doce horas, constituyendo este período el mes lunar. Como no tiene luz propia, no vemos de su disco sino la parte alumbrada por el sol, ofreciendo distinta apariencia en su movimiento periódico alrededor de nuestro planeta; y estas distintas formas consti-

tuyen las diferentes fases lunares, novilunio ó conjuncion, plenilunio ú oposicion y cuadraturas. Es cuarenta y nueve veces menor que la tierra, y dista de nosotros ochenta y cinco mil leguas: su forma es irregular elipsoidea, y en su disco se ven manchas que, segun opinion de algunos astrónomos, son valles, montañas y áun volcanes. Carece de atmósfera, por lo que se cree que no esté habitada. La atraccion que ejerce su masa combinada con la del sol, da lugar á ese sorprendente movimiento de flujo y reflujo de las aguas del Océano, que ocasionan las mareas, y que la ciencia tiene calculadas con exactitud matemática. Se le ha atribuido grande influencia en el desenvolvimiento de los seres orgánicos y en nuestra salud; pero la ciencia no admite como hecho probable mas que su intervencion en las mutaciones atmosféricas y fenómenos meteorológicos de nuestro planeta; deduciéndose de esta consideracion la accion indirecta que puede ejercer en la produccion de ciertas enfermedades.

Despues de estas concisas y brevísimas nocio-

nes acerca del estudio científico de este satélite de la tierra, necesario es recordar la exagerada importancia que los pueblos primitivos han dado á este astro, hasta el punto de colocarle en la mas alta gerarquía y de divinizarle, apellidándole con los nombres de Isis, Diana, etc. Despojándole actualmente en todas las sociedades cultas de ese carácter divino, y no teniendo otra importancia que el destino que quiso confiarle el Creador en la constitucion de nuestro sistema planetario, no podemos menos de reconocer que su belleza, su tibia y lánguida luz, sus caprichosas formas, son circunstancias muy á propósito para excitar la admiracion del hombre. Cuando vemos su disco iluminado por la luz refleja del sol, suspendido en los espacios á manera de majestuosa é inmensa lucerna en medio de esa prodigiosa multitud de estrellas, que parecen brillantes engastados en el manto azul que forma nuestra bóveda celeste; reflejándose su imágen en las tranquilas aguas de algun lago, en las agitadas y espumantes olas del Océano, ó en las

corrientes mas ó menos precipitadas de un caudaloso rio , produce en nuestros sentidos grata ilusion , un efecto mágico que eleva el ánimo á mas altos pensamientos. No son menos dulces y halagüeñas nuestras emociones, cuando la vemos colocada sobre un hermoso paisaje, en sitios que la naturaleza embellece con sus indecibles armonías , enmedio de los bosques , sobre suaves colinas ó coronando las cumbres de altas montañas , dando un carácter mas sentimental á estos cuadros el silencio de la noche , turbado solo por el monótono y triste canto de los insectos. Observámosla llena de majestad cuando se levanta sobre el horizonte, descendiendo el sol á su ocaso, y hallándose en oposicion ó plenilunio , manifestándose con exageradas y aparentes proporciones y teñida de una luz purpúrea que le da un aspecto imponente ; en otros casos , elevada á mayor altura , cuando la atmósfera está empañada por celajes mas ó menos densos, se nos ofrece en caprichosas y variadas perspectivas , ocultándose por breves instantes , volviendo á aparecer poco



despues mas bella y esplendente, y permaneciendo otras como cubierta de ligerísimo y diáfano velo que realza su hermosura. Esta multitud de cuadros y perspectivas que los poetas han sabido describir en expresivos y armónicos cantos; que los pintores con su pincel han procurado trasladar fielmente al lienzo, aún embelleciendo su naturaleza, son fuente inagotable para nuestra alma de dulcísimas sensaciones, que nos conducen instintiva y espontáneamente á bendecir á la Suprema inteligencia que tales maravillas concibió y creó. Vosotros, hijos míos, cuando fijeis vuestra vista en este bello satélite de la tierra, llevad vuestra mente, como al estudiar todos los hechos de la creacion, hácia Dios, que es el alma del universo, y cuyo nombre está escrito en todas sus obras, para el que sabe estudiarlas é interpretarlas.

La tierra.

La tierra, que nos sirve de mansion, es un planeta colocado entre Vénus y Marte; esferoidea, prominente hacia el Ecuador y aplanada hacia los polos. Tiene movimiento de rotacion, que hace en el espacio de veinte y tres horas, cincuenta y seis minutos, cuatro segundos, y de traslacion de occidente á oriente alrededor del sol, cumpliéndose en trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cuarenta y ocho minutos y cincuenta y un segundos.

Su formacion, así como la de todos los globos luminosos que giran en la inmensidad de los espacios, debida á la omnipotencia del Creador, se

*

halla admirablemente bosquejada en la sublime y concisa descripción que hace el Génesis. La geología, ciencia moderna, pero que ha hecho en breve tiempo sorprendentes progresos, acredita que la tierra ha sufrido en la época de su creación grandes revoluciones y cataclismos, que han producido notables y profundas perturbaciones en la forma de los continentes, en la extensión y límites de los mares, en las sucesivas erupciones de cadenas de montañas, en el desenvolvimiento y vida del reino orgánico, así vegetal como animal. En estas revoluciones de nuestro planeta han quedado sepultadas generaciones vegetales, que hoy se encuentran en las entrañas de la tierra, constituyendo los carbones de piedra que actualmente son uno de los principales elementos de riqueza por sus grandes aplicaciones á la industria y al comercio. Las generaciones animales, y distintas de las que hoy viven, han quedado enterradas á mayor ó menor profundidad, conservándose todavía los esqueletos, que á manera de medallas, revelan su antigüedad y las

transformaciones que ha sufrido nuestro planeta. Los terrenos que en él se encuentran, parte han tenido origen ígneo, y se hallan constituidos por materias que han estado en fusion, y enfriadas despues, se han solidificado ó cristalizado; parte son de origen áqueo, y han estado disueltas ó suspendidas, formando los que se llaman de sedimento. La alta prevision de la Suprema inteligencia, que ha presidido á su formacion y sucesivo desenvolvimiento, ha hecho que despues de haber sido habitada por numerosos seres del reino vegetal y animal, y de haber adquirido la estructura y disposicion convenientes para recibir al hombre, haya entrado en una época de equilibrio que todavía subsiste.

En su seno, y entre las diferentes capas que constituyen terrenos de diferente órden, segun el lenguaje científico, se encuentran las materias de construccion: los granitos, los mármoles, los pórfidos y serpentinas; los metales que el hombre ha menester para sus artefactos, el hierro, plomo, cobre, zinc; y los preciosos y de mas alta

estima, como el oro y la plata, que se han empleado en objetos de ornato, y en la representacion de los diferentes valores, hállanse distribuidos entre diferentes minerales bajo la forma de vetas y filones, habiéndolos considerado Rouquairol como ramificaciones de un sistema orgánico. Su superficie ofrece mil accidentes que la embellecen, debidos principalmente, á las montañas que la cruzan en diferentes direcciones. Los mares tienen un receptáculo comun, y aunque llevan diferentes nombres, están enlazados y tienen entre sí la necesaria dependencia; su evaporacion da lugar á la lluvia, y esta da origen á los torrentes, riachuelos y caudalosos rios, que despues de haber atravesado la tierra, siguiendo tortuosos caminos en relacion con las hondas cuencas ó estrechas gargantas que dejan entre sí las montañas, vuelven, como tributarios del Océano, á ofrecerle las aguas que de él han recibido, compensándose de este modo las pérdidas ocasionadas por la causa antes referida. A sus expensas viven los numerosísimos vegetales que visten su

corteza y la adornan con rico y bello atavío, los animales que la pueblan, y el hombre mismo, que, como rey de tan grandiosa morada, tiene el dominio que por su elevada inteligencia le pertenece.

A su seno vuelven tambien los restos de todos los seres que en ella moran; sirviendo sus elementos despues que han sufrido la descomposicion debida á la putridez, para alimento, desarrollo y conservacion de otros que les suceden; continuando de esta manera esa cadena no interrumpida de seres orgánicos que constituyen las sucesivas generaciones de los diferentes siglos. ¡Tan cierto es que en la naturaleza nada se aniquila, nada se pierde, todo se compensa y se repara! La vida engendra la vida, y hasta la muerte, que parece su enemiga, le ofrece despojos que la sirven de necesario alimento.

La tierra que habitamos es, pues, hijos mios, objeto de profundo exámen para la ciencia, y de seria meditacion para el sabio; considerándose todavía hoy los hechos conocidos insuficientes para formar una teoría que satisfaga las necesidades de

la razon humana. Debe ser tambien para vosotros objeto de admiracion y reconocimiento hácia la Providencia, que ha sabido combinar todas las circunstancias, con el objeto de que encontrásemos en esta bella mansion terrenos fértiles y fecundos, que cultivados convenientemente, nos proveyesen de los recursos necesarios para la vida y para nuestro solaz y contentamiento.

El mar.

La elevada temperatura de la tierra, cuando en la época de su formacion se hallaba en ignicion toda su masa, debió producir una atmósfera de vapores que la circundara. Enfriándose despues la corteza terrestre para consolidarse, el agua en vapor se precipitó sobre su superficie, y constituyó el Océano, que en aquel período debia cubrirla completamente. Mas adelante, la expansion producida por el calor central fue causa de que se rompiese la corteza terrestre y se levantasen grandes masas en ignicion, que hoy constituyen los terrenos primitivos de algunas cadenas de montañas. Desnivelada por dicha causa la super-

ficie del globo, las aguas se retiraron, buscando sus naturales cuencas, y quedaron descubiertos los continentes. Varias y sucesivas revoluciones análogas á la anteriormente mencionada dislocaron estos, así como los mares, hasta que llegó la época de equilibrio; y entonces tomaron su asiento, sin haber abandonado los límites que les señaló el dedo de la Providencia. Multitud de sales quedaron disueltas en sus aguas, y de esta manera, y á favor del movimiento periódico de flujo y reflujo, producido por la atracción que en ellas ejerce el satélite de nuestro planeta en su movimiento diurno, se hicieron incorruptibles, y quedaron aptas para alimentar el prodigioso número de seres que viven en su seno. Pueblan los mares multitud de especies de plantas, algas y fucos, que, orillados por el movimiento de las aguas, sirven en algunas provincias de abono á las tierras de cultivo; los variados y sabrosos pescados que nos sirven de alimento, y muchos cetáceos que suministran grasas útiles al comercio. De su inmenso receptáculo se desprende

diariamente una gran masa de agua en vapor, que, diseminada en la atmósfera, y á favor de los cambios de temperatura y de presion, se condensa y desciende sobre los continentes bajo la forma de lluvia, nieve ó granizo; proveyéndoles de las aguas necesarias para alimentar la vegetacion y para atender á las diversas necesidades del hombre. Estas aguas, filtradas entre las capas de la tierra, en los terrenos permeables, brotan despues en los puntos declives, constituyendo las fuentes de agua potable; ó descienden entre las quiebras de las montañas, precipitándose en torrentes, ó formando bellas y majestuosas cascadas. Corriendo por las estrechas cañadas que dejan entre sí las montañas, constituyen los rios, que en su curso van recibiendo el contingente de los que á ellos afluyen en calidad de tributarios; y de esta manera, aumentando el caudal de sus aguas, con suave y mansa corriente unas veces, y otras con rápido y veloz movimiento, caminan por largas y tortuosas vias, ofreciendo al hombre la inmensa riqueza que en sí llevan, y conduciendo

las sobrantes al mar, de cuyo seno habian salido. De este modo, por efecto de una sabia y previsora ley de la Providencia, los continentes están siempre provistos del agua que necesitan para la vegetacion y la vida de los animales; y el hombre encuentra en ella el principal elemento, ora para el cultivo de las plantas útiles, ora para las necesidades de la industria, sin que á pesar de este prodigioso consumo los mares se menguaban, ni amengüen su inmenso caudal; pues reciben constantemente de los rios afluentes lo que pierden por la continúa evaporacion. Ley misteriosa y sorprendente que encontramos repetida do quiera que contemplemos la naturaleza, en la que nada se pierde ni se aniquila, sino que todo lo que se destruye se repara; y las ruinas de lo que á nuestra vista perece, sirven para nuevas edificaciones. Pálido reflejo ofrece á nuestra consideracion el mar, del inmenso Océano de luz que le ha creado: de él ha emanado nuestro espíritu, é infundido en un cuerpo material, vive breve tiempo; cumple en su evolucion y desenvolvi-

miento de sus diversas facultades la mision que la Providencia le ha confiado ; y despues de dejar asegurada la generacion que le sucede , la muerte viene á desatar esos deleznable vínculos, y vuela á la eterna morada de los espíritus, al seno de Dios.

Saludad , hijos mios , al mar con júbilo y respeto , cuando tengais ocasion de admirarle , y ved en él la manifestacion mas grande de la suprema inteligencia del Omnipotente.

Las montañas.

Admirable es la arquitectura del planeta en que vivimos, para el hombre pensador que se detiene á contemplar la obra de la creacion. La ciencia geológica admite con grandes probabilidades que las montañas se han formado despues de consolidada la corteza terrestre y de estar bañada por los mares su superficie. El fuego central de la tierra, la fuerza expansiva de las materias en ignicion y la resistencia de la corteza terrestre, han sido causa de que vencida esta en diferentes ocasiones, se abra, verificándose la salida ó erupcion de esas inmensas moles que cruzan por zonas la superficie de los continentes, como de

los mares, y que constituyen las cadenas de montañas. Desnivelado el Océano con la salida y dislocacion de los terrenos centrales, las aguas se retiraron buscando los puntos de declive, y dejaron descubiertos los terrenos que hoy forman los continentes. Estos levantamientos de montañas se cree tambien que no han sido simultáneos, sino sucesivos; verificándose con este motivo cambios en la superficie de nuestro globo que han producido terribles cataclismos, y han trascendido á la vida de numerosas generaciones, así vegetales, como animales. El fondo de los mares ha quedado descubierto constituyendo parte de los continentes, y estos bañados por el Océano; resultando que actualmente se encuentran sepultadas generaciones enteras de mariscos entre las capas de algunos terrenos que hoy forman las cimas de altas montañas, y son las medallas que la naturaleza ofrece al hombre de ciencia para que vislumbre siquiera sea una pequeña parte de los misterios de la creacion. Créese efecto de la misma causa la desaparicion de los inmensos bosques

que entonces cubrían los continentes, y que depositados entre las capas de diferentes terrenos, se han convertido en inmensos criaderos de carbon de piedra, que en la actualidad es el principal elemento de la industria. Débese á sí mismo á las violentas conmociones que hemos indicado el sorprendente descubrimiento de colosales esqueletos de animales que poblaban en otro tiempo la tierra, y que quedaron sepultados, conservándose sus huesos para recuerdo de tales acontecimientos, y lo que es mas notable, habiendo desaparecido sus especies. Las cadenas de montañas cruzan la tierra por zonas en diversas direcciones, y en algunas localidades en disposicion admirablemente simétrica, dejando entre ellas unas veces extensas cuencas, otras grandes y anchurosos valles, y otras estrechas y sombrías cañadas. Ellas ofrecen formas variadas en sus cimas, presentando ora suaves ondulaciones, ora escarpadísimos picos, ora ásperas y desiguales crestas. Su diferente altura hace que se distingan en suaves colinas, cerros no muy elevados

y altísimas montañas. Sus vertientes presentan un declive suave, y otras veces una pendiente sumamente rápida; pero en lo general se hallan escalonadas desde su base, haciendo de este modo su subida menos áspera y penosa. Aparecen en invierno, y aún las cimas mas altas en verano, cubiertas de nieve, cuya blancura contrasta con la coloracion oscura de su base; en dias serenos la refraccion de la luz nos hace verlas con suaves y gratos matices azulados, y otras pobladas de grandes masas de vapores, que condensados forman nubes de caprichosas formas, y que representan, ya majestuosos edificios, ya elegantes castillos, ya ruinas monumentales. Las montañas tienen grandísimo interés en la produccion de los diferentes fenómenos meteorológicos de nuestro planeta: en la lluvia, en las nieves, en la direccion de los vientos, en las aguas que humedecen y riegan las cuencas, en la temperatura de las localidades, y por lo tanto son objeto constante de estudio para los naturalistas. Ellas absorben los vapores de la atmósfera, y cubiertas de nieves

perpétuas que lentamente se van licuando, reciben entre sus permeables capas las grandes masas que filtrándose en diferentes sentidos van á formar en los terrenos bajos, ora útiles manantiales, ora torrentes que son el origen de caudalosos rios. Sin las montañas la tierra ofrecería una superficie igual, monótona y desprovista de los variados accidentes que en la actualidad la adornan y embellecen; sin ellas la vegetación no sería tan frondosa, y careceríamos de los inmensos bosques que nos proporcionan maderas abundantes, ya para combustibles, ya para construcciones; sin ellas no tendríamos aguas potables en las llanuras, tan necesarias para nuestra vida y para la de los vegetales y animales destinados á nuestro alimento; sin ellas el Océano no tendría esos poderosos é indestructibles diques que detienen el violento impulso de sus olas en nuestras costas del Norte. En una palabra, sin las cadenas de montañas, sería otra la meteorología del planeta que nos sirve de morada, y otra la vida de los seres que le pueblan.

Ved , hijos míos , cuánta razón he tenido para dedicaros estas breves líneas sobre tan interesante asunto ; ellas os servirán de incentivo para estudiar con avidez cuanto atañe á las obras de Dios.

La lluvia.

Uno de los fenómenos meteorológicos mas sorprendentes y mas dignos de nuestra admiracion, es la lluvia. La evaporacion de las aguas del Océano y de los caudalosos rios, provee á la atmósfera de una incalculable masa de agua en vapor, que, por efecto de las alternadas vicisitudes de temperatura y presion, se condensa, tornando al estado de liquidez y descendiendo sobre la tierra bajo la forma de menudas gotas. Son estas lluvias mas frecuentes, al menos en nuestros climas, en los grandes cambios atmosféricos que sobrevienen en los equinoccios; y aunque en algunas ocasiones, por su excesiva abundan-

cia, dan lugar á imponentes y devastadoras inundaciones que destruyen las cosechas, é inutilizan el trabajo del labrador en determinadas comarcas, contiguas á las márgenes de los rios, estos ligeros quebrantos son suficientemente compensados con los beneficios que proporcionan á la humanidad. Sin la lluvia no descenderian de las altas montañas los torrentes, que, precipitándose con veloz movimiento, se unen buscando el declive de los valles y cañadas, y forman el origen de los rios; sin ella las aguas no se filtrarian por las capas permeables de la tierra, ni brotarian á mayor ó menor distancia, ofreciéndonos las dulces y sabrosas aguas de las fuentes potables; sin ella no se alimentarían los rios que surcan en diferentes direcciones los continentes, fecundando nuestros campos; sin ella no habria vegetacion, no vivirían las plantas cereales que nos proporcionan las semillas, consideradas con razon como base de nuestro alimento; sin ella las montañas estarían desnudas de los frondosos árboles que nos suministran maderas de construc-

cion y otras que se destinan á combustibles; sin ella no germinarian ni crecerian las yerbas, que son sabroso pasto para nuestros ganados; sin ella la tierra apareceria árida y seca como un vasto desierto; sin ella no se refrescaria y humedeceria la atmósfera, condiciones tan necesarias para la conservacion de todos los seres orgánicos; sin ella, en una palabra, no habria vida, porque es uno de los elementos indispensables para su sostenimiento. Con su benéfico influjo cuenta el cultivador, que consagra sus afanes y trabajo á la produccion de plantas útiles, y la bendice, porque de otro modo no se encontrarian regados sus campos, y seria completamente estéril su laboriosidad. ¡Admirable ley de la naturaleza que tan sabiamente ha sabido combinar las necesidades de los seres que pueblan los continentes, con los medios destinados á satisfacerlas! Ley que sostiene el equilibrio que se advierte en esta mansion terrestre, desde que le fue concedido al hombre habitarla. Merced á esa maravillosa distribucion de las aguas, se debe que podamos apa-

gar nuestra sed en las fuentes en que bebieron nuestros padres y sus antecesores, que veamos correr con mansa ó precipitada corriente los rios que ya conocieron y utilizaron las anteriores generaciones; que no hayan variado comunmente ni su origen, ni su lecho, ni su camino mas ó menos largo ó tortuoso, ni su desembocadura en el mar. Atendidas, su inmensa importancia y la riqueza que las aguas representan como elemento de vida y de produccion, no debe causar extrañeza que el hombre haya buscado su morada eligiendo los terrenos, donde el cultivo es posible por la periodicidad de las lluvias; que los pueblos se agiten y llenen de pavor y sobresalto cuando por causas accidentales y desconocidas falta ese riego fecundante, tan indispensable para la germinacion; que imploren la clemencia del cielo, dirigiéndole sus humildes oraciones á fin de que no les falte lo que tan necesario consideran para su conservacion; que la iglesia católica, que no ha olvidado ninguna de las necesidades y aflicciones del hombre para proporcionarle consuelo, se-

cunde sus deseos interponiendo sus preces para la consecucion de tan laudables fines.

Sirvan, hijos mios, estas brevísimas indicaciones que os he hecho acerca de la importancia de la lluvia, para bendecir la suprema inteligencia que rige y gobierna el universo, y que tan admirablemente provee á todas las necesidades de la humanidad.

La nieve.

Entre los fenómenos naturales hay uno digno de excitar nuestra curiosidad, y que además de sus importantes aplicaciones, constituye uno de los mas bellos cuadros de la naturaleza. El agua en vapor que ocupa las capas mas ó menos elevadas de la atmósfera, cuando la temperatura desciende notablemente y figura en la escala termométrica por debajo de cero, se solidifica algunas veces, y bajo la forma de menudos y agrupados cristales, cae sobre la tierra. Preceden comunmente á su aparicion dias de intensísimo frio: la atmósfera aparece cargada y de color ceniciento; la luz es tibia; las corrientes de aire

calman , y enmedio de este armónico conjunto se presenta la nieve, descendiendo bajo la forma de copos, que por su leve peso caen con suaves oscilaciones. La tierra y toda la vegetacion se cubren de una capa de mas ó menos espesor, que las viste á la manera de un manto de deslumbradora blancura. ¡Qué cuadro tan ameno y encantador el que ofrece un pais nevado! ¡Qué figuras tan bellas las de las plantas que han ocultado sus ramas, hojas, y los brillantes colores de sus pétalos con ese blanco velo! ¡Qué formas tan caprichosas las que adquieren todos los objetos, aun los mas groseros, cuando la nieve, acumulada sobre su superficie, ha cambiado sus contornos! No es ciertamente extraño que los artistas que tan admirablemente copian á la naturaleza, se hayan afanado en todos tiempos por reproducir con su pincel ese mágico espectáculo. Poco numerosas son las ocasiones que tenemos de observarle en los paises meridionales, á no ser en los mas rigurosos dias de algunos inviernos excesivamente destemplados; sin embargo, aunque

no es frecuente en las llanuras, las cadenas de montañas que circundan las cuencas habitables nos ofrecen ese maravilloso meteoro. Aun cuando llega la época del desyelo, todavía las cimas de las mas elevadas montañas presentan á nuestra vista las nieves perpétuas, que aparecen coronando sus picos, é indicándonos su prodigiosa altura.

Pero no es solo la nieve un fenómeno que sirve para recrear nuestra vista y lisongear nuestra imaginacion; es tambien un elemento de vida para los vegetales, y bajo este punto de vista tiene sumo interes para el hombre. En efecto: la nieve humedece la tierra de diferente modo que la lluvia: esta, por suave que sea, no se filtra toda por las capas permeables de la tierra, sino que parte de ella corre por su superficie, buscando los puntos de declive, y va á formar los torrentes que con precipitacion se dirigen al lecho de los rios contiguos, aumentando su caudal. La nieve, cuando se licua, lo hace tan lentamente en lo general, que á medida que vuelve al estado de liquidez, se filtra; sin que desaparo-

veche la mas pequeña parte la tierra destinada al cultivo. Por esta razon son fecundos los años y abundantes las cosechas, cuando los campos se ven humedecidos en invierno por grandes nevadas. Contribuyen ademas las nieves perpetuas de las montañas, y las que á menudo cubren las vertientes, á proveerlas del cuantioso caudal de aguas que se ocultan en su seno, y despues brotan á mayor ó menor distancia, constituyendo los ricos manantiales de agua potable.

Comprended, pues, hijos mios, por estas ligerísimas reflexiones, que la nieve, ademas de ser un fenómeno de sorprendente belleza, debe considerarse como un elemento de vida para la vegetacion, y destinado á satisfacer importantes necesidades del hombre.

La tempestad.

Uno de los fenómenos meteorológicos mas sorprendentes que observamos en los paises meridionales durante la estacion del calor , son las tormentas. Cargada la atmósfera de electricidad por la poca facultad conductriz que tiene cuando reina tiempo seco , se establecen corrientes impetuosas que pasan de una á otra nube , mas ó menos distantes , ó de estas á la tierra para restablecer el necesario equilibrio. El agua en vapor que constituye las nubes se descompone , y el hidrógeno libre se inflama á favor de las chispas

eléctricas, produciendo grandes é imponentes detonaciones. Este es, en breves y reducidas frases, el problema del rayo y del trueno que tanto pavor y espanto han producido y producen en las sencillas gentes que no están al alcance de esos misterios de la ciencia. Al célebre Franklin es deudora la humanidad del notable descubrimiento que ha conducido á dominar el rayo, preservándose de su nocivo influjo y de sus destructores efectos á favor de los para-rayos. Estos sirven para dar conveniente direccion á dicho meteoro, protegiendo la morada del hombre, y demostrando el prodigioso poder de la ciencia. Así en los pueblos civilizados se ven con tranquilidad las tormentas, que tanto han aterrado siempre á los incultos y salvajes, poseyéndose únicamente de pavor las personas tímidas y de escaso temple de alma, que por su temperamento nervioso sienten el desequilibrio de electricidad que hay en la atmósfera que los circunda. Y ciertamente no debe parecer extraña esa sensacion de terror, cuando el hombre se entrega á sus instintos, y

una razon ilustrada no domina las primeras emociones del alma. En efecto: vemos en los animales esa misma sensacion, cuando amenaza la tempestad; en el momento en que el cielo se cubre de nubes cenicientas que reflejan sobre la tierra los rayos del sol y producen un calor sofocante; cuando se desencadena un fuerte vendabal que levanta en violentos torbellinos el leve polvo; cuando las hojas de los árboles, movidas á su impulso, hacen pavoroso ruido, desgajándose, yendo en alas del viento, y siguiendo en numerosos grupos con notable velocidad la direccion de sus corrientes; cuando extensas y deslumbradoras chispas aparecen de tiempo en tiempo, surcando con marcha tortuosa el fondo gris y de siniestro aspecto de la nube de que proceden; cuando se oye el ronco estampido del trueno que con sorprendente rapidez llega á nuestros oidos, produciendo en nosotros ingrata y desapacible sensacion, como si la naturaleza quisiera desquiciarse y amenazasen ruina esos castillos aéreos formados por los densos vapores de

la atmósfera; entonces la golondrina, que alegre gira en el espacio con rápido vuelo, buscando con avidez los insectos que sin su intervencion se multiplicarian prodigiosamente, y serian nocivos así al hombre como á las plantas, llena de turbacion suspende su monótono canto, y prorumpe en desentonados ayes, dirigiéndose en busca de su nido, donde puedan guarecerse ella y su venturosa prole; el cantor de los jardines y florestas deja su dulce y melodioso canto, y triste y silencioso se cobija con su hembra en lo mas espeso é intrincado de frondosos árboles; la perdiz corre azorada á ocultarse entre las ramas de una encina; el conejo, que saltaba gozoso sobre la verde alfombra del monte royendo fresca y sabrosa yerba, ó la corteza de los pequeños arbustos, huye espantado á su morada: en una palabra, todos los animales, aguijados por su natural instinto, preven el peligro y buscan un asilo donde guarecerse. El hombre de la naturaleza participa de esta emocion, y, sobrecogido, implora la proteccion de la Providencia. Luego que ha descar-

gado copiosa lluvia ó numeroso y destructor granizo, renace la calma: la atmósfera aparece pura y serena; el vendabal cesa; se deja ver nuevamente el sol con su claro y deslumbrador brillo; las aves vuelven tranquilas á continuar su vuelo y á buscar su alimento, entonando sus armónicos cantos; los árboles humedecidos por la lluvia ofrecen un verdor mas limpio y agradable; toda la naturaleza parece que se reanima con el restablecimiento del órden. El hombre tambien que se sentia abrumado y poco dispuesto para el trabajo, encuentra mas libres y ligeros sus miembros, mas fresca su cabeza y mas tranquilo su ánimo. Esta bonanza que sigue á las tormentas indica con evidencia que esos aparentes desórdenes de la naturaleza tienen un fin útil, que es el de purificar la atmósfera, poniéndola en condiciones mas aptas para sostener la vida de los seres animados que pueblan la tierra, ora vegetales, ora animales.

Ved, hijos mios, cómo en la infinita sabiduría del Autor de la naturaleza todo está pre-

visto, y nada se ha hecho estérilmente y sin objeto determinado; sirvaos, pues, este breve y desaliñado artículo para admirar su poder y respetar sus designios.

Los volcanes.

Creen los geólogos que el núcleo de la tierra se halla en ignición, y que la expansión producida por tan alta temperatura sobre las materias gaseosas combustibles hiende las capas terrestres, y establece esos cráteres diseminados por diferentes cadenas de montañas, que pueden considerarse como válvulas de seguridad para la conservación de los continentes. Numerosos volcanes hay ya apagados, que han dejado honda é indeleble huella en las localidades en que aparecieron; otros hay en actividad, así en Europa como en América. Los que se hallan todavía en estas circunstancias ofrecen de tiempo en tiempo

el maravilloso fenómeno de erupciones que se verifican en épocas indeterminadas, dando salida á gases inflamados, á inmensas columnas de humo y ceniza, á torrentes de lava que se difunden por las regiones contiguas y á veces sepultan pueblos enteros, como Herculano y Pompeya en la erupcion del Vesubio del primer siglo de nuestra era: prodigioso espectáculo que llena de pavor y asombro al hombre que puede presentarle; que se ha interpretado de diversas maneras, dando lugar á que la ignorancia explotase ese hecho natural en favor de aviesas é insostenibles preocupaciones; pero que la ciencia ha desvanecido, como la luz del dia ahuyenta las sombras de la noche. En efecto: no hay nada de misterioso en este fenómeno, aceptando que el centro de la tierra se halla en ignicion, como hace presumirlo el aumento gradual de temperatura, apreciable á medida que se profundiza en las diversas capas que constituyen el planeta en que moramos. Los profundos taladros que se han efectuado, con motivo de los pozos artesianos, han

comprobado esta verdad; y actualmente es un hecho aceptado por la ciencia, y que da explicacion plausible acerca de los volcanes esparcidos por diferentes puntos del globo, de los terremotos y de las aguas termales que brotan en diversas localidades, las cuales, cargadas de ciertos principios mineralizadores, llevan la salud y la vida á multitud de enfermos que buscan remedio á sus inveteradas dolencias.

He querido, hijos míos, daros esta breve explicacion de tan sorprendente fenómeno, á fin de que la ignorancia no explote siniestramente vuestra candorosa credulidad, infundiendo en vuestro ánimo el deseo de conocer las leyes de la naturaleza, tan sabiamente establecidas por su autor, y admirando el alto é importante fin que tiene la existencia de los volcanes para el sostenimiento del equilibrio de nuestro planeta.

Las estaciones.

En el movimiento de traslación que la tierra hace alrededor del sol, describe una órbita llamada *eclíptica*, cuyo plano tiene sobre el Ecuador una inclinación de $23^{\circ} 28'$. De ella depende el orden de las estaciones: los puntos en que la eclíptica encuentra el plano del Ecuador se denominan *equinoccios*; los mas elevados y distantes del sol, *solsticios*. En las regiones ecuatoriales las noches son iguales á los dias; en las polares el dia y la noche son de seis meses; en las zonas templadas son desiguales en duración.

Con admirable prevision ha sido dispuesto el orden que acabamos de indicar, constituyendo

las estaciones de primavera, verano, otoño é invierno. En efecto: la diversa temperatura, la variedad en el estado higrométrico y eléctrico de la atmósfera, en la fuerza y direccion de los vientos, la mayor ó menor duracion de los dias con relacion á las noches, hacen que el hombre, aprovechando estas diferentes condiciones, las convierta en beneficio suyo y de la sociedad. De este modo es posible la distribucion del trabajo, el cultivo de los diferentes vegetales que sirven al hombre de alimento, la cria de los ganados destinados á auxiliarle en sus mas ímprobos afanes y á satisfacer sus primeras necesidades, y el desarrollo y madurez de multiplicados y sabrosísimos frutos. Así aparecen y se suceden con sorprendente regularidad, aunque nunca de un modo idéntico, esos magníficos y variados cuadros y paisajes que la naturaleza nos ofrece todós los años, sin los cuales la tierra seria monótona y produciria en nuestra alma el hastio que siempre determina la repeticion de unas mismas impresiones. Así tambien nuestro organismo sufre las

modificaciones consiguientes á las diversas condiciones meteorológicas, que llevan consigo las estaciones, no permitiendo que sometido al influjo de causas permanentes se desenvuelvan disposiciones morbosas, debidas al predominio de acciones y reacciones fisiológicas semejantes ó idénticas. Si siempre estuviera expuesto á la acción de una baja temperatura y de un aire excesivamente oxigenado, se desenvolveria el elemento inflamatorio; un calor seco y una elevada temperatura engendrarian el elemento gástrico; un aire sobrecargado de humedad daria lugar al desarrollo del elemento catarral ó reumático; y de este modo nuestra salud seria mas quebrantada, y se veria minada por graves enfermedades que se arraigarian y tomarian derecho de domicilio en nuestra frágil organizacion. Debemos, pues, á las estaciones el variar y multiplicar los goces que nos proporciona la diversidad de alimentos, una salud mas vigorosa y una complexion mas robusta; acostumbrándose nuestro organismo á las diferentes impresiones que determinan los di-

versos estados meteorológicos, y evitando el predominio de elementos morbosos determinados que pondrían en grave riesgo la vida. Debemos, por último, á dichas causas lisongear nuestros sentidos, y contemplar llenos de asombro los admirables y vistosos paisajes que nos ofrece la naturaleza en esos diversos períodos.

Ved, pues, hijos míos, con cuánta injusticia nos quejamos, llevados de la molestia que nos producen las mutaciones atmosféricas en las diferentes estaciones; protestando, movidos únicamente de lo que nuestra comodidad exige, contra la inconveniencia de pasar todos los años por esas vicisitudes que trastornan nuestro orden de vida, y nos acarrean nuevas necesidades. Estas quejas son ilegítimas y poco fundadas, si se atiende á la alta prevision con que aquellas han sido establecidas y á los inmensos beneficios que proporcionan á la humanidad.

En el orden de la naturaleza nada se ha hecho inútilmente : todo tiene su fin; y aunque á primera vista no encontremos en ciertos accidentes

la razon de su existencia , penetrando en su exámen con la antorcha de la filosofía , no se tarda en descubrir vivísima luz , donde antes no habia mas que oscuridad y tinieblas. Contemplad , pues, hijos mios, llenos de admiracion las estaciones, y bendecid al Artífice que supo disponer con tanto acierto todo lo que conduce á la conservacion y bienestar de la humanidad.

La primavera.

La primavera empieza próximamente el 20 de marzo, época en que la eclíptica encuentra el plano del Ecuador, equinoccio de Aries, y se prolonga hasta el 21 de junio ó solsticio de Cáncer, indicando estos signos del Zodíaco, constelaciones ó grupos de estrellas que están en relacion con la tierra en su movimiento de traslacion durante los períodos mencionados.

La primavera, estacion de las flores, cantada por los poetas desde los mas antiguos tiempos, representada y aún embellecida por el pincel de sublimes é inspirados artistas, es una época en que la naturaleza no tiene mas que encantos para

el hombre y todos los demas seres vivientes. La tierra, poco antes árida y seca por los frios del invierno, se viste de lozana y verde vegetacion; los árboles que nos ofrecian la mas triste desnudez, se cubren de hoja, invitándonos á cobijarnos bajo su sombra para templar los rayos del sol; las montañas se atavian y engalanan con los vegetales que en su superficie crecen, con musgo, helechos y fresca yerba, en la que el ganado encuentra dulce y sabroso pasto; los prados se hallan esmaltados de flores que forman bellas alfombras, ofreciendo riqueza y variedad en sus matices; los arroyos que serpean por ellos conducen cristalinas aguas que complacen nuestros oidos con su blando y suave murmullo, y nuestra vista con la tersura y lucidez del líquido que presenta singulares y variados aspectos en las menudas corrientes que, cruzándose y precipitándose, parece que se esfuerzan en seguir el curso comun de su pequeño cauce; los pájaros bulliciosos y alegres nos embelesan con sus armoniosos cantos; el músico de los jardines y de

las florestas nos solaza con sus suaves melodías; y hasta los insectos con su ronca y desapacible voz, y las aves viajeras que desde el Africa vienen en tiempo tan apacible á poblar nuestros campos, con su monótono canto y su rápido y tortuoso vuelo, aumentan la belleza de este magnífico y sorprendente cuadro que mi pluma no acierta siquiera á bosquejar. Destácanse en estos paisajes que he trazado á grandes pinceladas, las ovejas que apacientan en las alfombradas praderas, y que cual copos de nieve diseminados en la verdura de su fondo, parece que le esmaltan y dan realce á su belleza; las juguetonas y osadas cabras, que encaramándose por lo mas áspero de las elevadas montañas, desafían impávidas sus precipicios; las pacíficas vacas, que prefieren la yerba de los valles á la de las faldas y suaves vertientes de los montes contiguos; las mariposas, que con sus esmaltes y vistosos colores revolotean buscando en los pétalos de las flores el néctar que las alimenta; las laboriosas abejas que abandonan su morada, y comienzan afanosas á elaborar la dulcísima miel

de sus panales; los reptiles, que saliendo de su prolongado sueño delgados y macilentos, vuelven animados por los rayos del sol á continuar su vida y reproducir su especie. Además de tan variados accidentes, aparece el cielo con un color azul puro y brillante; la temperatura es apacible, templando el calor que producen los rayos del sol suaves y gratas brisas, corrientes de aire que llegan á nosotros perfumadas con el aroma de las flores; todo, en fin, nos revela en tan bellos y animados paisajes una especie de resurreccion; que vuelve para todo el reino orgánico la estacion de los amores, y que la naturaleza hace un prodigioso esfuerzo de su poder y magnificencia para continuar la cadena no interrumpida de la vida.

Sea para vosotros, hijos míos, la primavera lo que es para toda la naturaleza, una especie de resurreccion, para dedicaros con mas empeño á vuestro trabajo y á las afanosas tareas que exigen vuestras obligaciones sociales; sea tambien un nuevo motivo que os induzca á admirar las bellezas de la creacion.

El estío.

El estío empieza el 21 de junio, y concluye el 23 de setiembre, extendiéndose desde el solsticio de verano hasta el equinoccio de otoño, ó lo que es lo mismo, desde que la tierra, en su movimiento de traslacion alrededor del sol, recorre el espacio comprendido en el Zodiaco entre los signos ó constelaciones Cáncer y Libra.

El estío, estacion en que los rayos del sol, cayendo perpendicularmente sobre la tierra, aumentan la temperatura hasta marcar entre 24° y 32° del termómetro de Reaumur en nuestro clima y otros análogos, es uno de los períodos mas im-

portantes del año. En él es cuando la vegetacion adquiere la actividad necesaria para ofrecer al hombre los frutos de su fecundidad ; cuando las cereales ó gramíneas se presentan coronadas de doradas espigas que encierran el precioso grano , base de nuestra alimentacion ; cuando las aves procrean, y los pescados se multiplican prodigiosamente en el seno de las aguas.

A la estacion de los amores , en que la naturaleza se habia embellecido , ofreciendo por do quiera risueñas perspectivas y amenos paisajes, vistiendo la tierra de frondosa verdura , esmaltándola de flores y aumentando su mágico efecto con el dulce canto de las aves y los suaves trinos de los pajarillos , suceden los cuidados y afanes de la procreacion y conservacion de las especies. El sol abrasador que en esta época se siente, produce el desenvolvimiento y madurez de las semillas ; las flores , como órganos ya supérfluos, se marchitan y caen , y queda el cáliz convertido en pericarpio que aloja numerosos gérmenes, que han de reproducir la especie , encontrando deter-

minadas condiciones de temperatura, humedad y terreno. Parte de ellos siembra la mano del hombre, y parte los disemina por la tierra la misma naturaleza, proveyéndoles de un vilano que los hace sumamente leves y trasportables por el aire á muy largas distancias.

Las aves buscan en el espeso follage de los árboles, en frondosos bosques ó entre las mismas cañas de los cereales, un sitio retirado donde puedan fabricar su nido, que sirva de albergue para criar y proteger sus polluelos.

Los reptiles minan la tierra, y en sitios apartados excavan sus hondas y lóbregas moradas, cuidando allí tambien de incubar sus huevos, alimentar y proteger sus hijuelos.

Las hormigas, laboriosas y previsoras, salen de la subterránea estancia donde han vivido el invierno, á buscar las semillas que han de servirles de alimento, reservando el excedente en depósito para la estacion de las lluvias y de las nieves; y es admirable ver cómo en numerosos y disciplinados grupos siguen caminos mas ó

menos tortuosos y difíciles, sin estorbarse ni distraerse del afanoso trabajo de buscar su alimento. Es asimismo curioso ver como en tanto que crece la riqueza de sus trojes, allegada por las mas activas y fuertes, otras se ocupan en sacar arena y colocarla simétricamente en forma de círculo alrededor de su vivienda, dando el conveniente ensanche á su estancia.

Los enjambres de abejas buscan á porfía las flores, y guarecidas entre sus pétalos, parece que quedan soñolientas, libando el néctar que ha de servirles para la elaboracion de sus dulcísimos panales.

Entre tanto la cigarra, bien hallada con la holganza y solazándose con su monótono canto, permanece defendida de los rayos del sol entre las hojas de los árboles.

El ganado se halla sesteando en las faldas de las montañas, y donde no tiene sombra que modere los ardientes rayos del sol, defiende al menos la cabeza, colocándola instintivamente debajo del vientre de la res que se halla contigua.

El labrador se afana en recoger el fruto de su trabajo: mientras unos siegan y atan en numerosos haces las cañas ya secas de las cereales cargadas de espigas, otros las trillan y separan fácilmente la paja del grano, lanzándolas al viento en columnas, al parecer de menudísimo oro, que suben y luego descienden, cayendo el grano á los pies del limpiador, y volando la paja en numerosos torbellinos á mas apartados lugares donde el aire la conduce; otros, por fin, recogen el grano, le encierran en las trojes, con gran solaz del cultivador que ve ya asegurado el fruto de sus sudores é ímprobo trabajo.

El verano es, pues, un período de actividad, de movimiento, en que la tierra cultivada ofrece á la humanidad multiplicado pródigamente lo que ha sembrado y depositado en su seno.

Es tambien, hijos míos, imagen fiel y verdadera representacion del resultado del trabajo en todas las esferas: el trabajo es fecundo, y solo estéril el ocio; el trabajo, así físico como intelectual, siempre nos ofrece recompensa. Sembrad,



pues, y recogereis; cultivad vuestra inteligencia á fin de que no produzca espinas ni abrojos; no os solaceis á la sombra como la cigarra; trabajad como la diligente y previsora hormiga.

El otoño.

El otoño empieza en el segundo equinoccio, el 23 de setiembre, y concluye en el segundo solsticio, el 22 de diciembre: se prolonga, por lo tanto, desde que la tierra en su órbita alrededor del sol se pone en relacion con la constelacion Libra, hasta que encuentra la llamada Capricornio; signos del Zodiaco ó línea ideal paralela á la eclíptica, y formada por doce constelaciones ó grupos de estrellas que han recibido nombres alegóricos, y que en nuestro calendario presiden sucesivamente á nuestros meses lunares.

El otoño es un período todavía de fecundidad en que la tierra, despues de haber recompensado

pródigamente los afanes del labrador, ofreciéndole el fruto de las plantas gramíneas que ha cultivado con gran diligencia y solicitud, aún sigue alimentando y proporcionando los elementos de la sabia necesaria para la vida de otro vegetal de grandísima importancia, que es la vid. Las vides continúan cubriendo la tierra de verdura, extendiendo sus ramas rastreras en todas direcciones, y ofreciendo entre hermosos pámpanos numerosos y abundantes racimos de su sabroso y azucarado fruto; contrastando estos terrenos cultivados con los áridos y secos, donde todo se halla marchito y agostado por los ardientes rayos del sol durante el estío. En esta época se recoge la uva, y se elabora á favor de la fermentacion una bebida alcohólica que satisface una necesidad humana, ademas de ser una produccion que constituye una gran riqueza para determinados pueblos.

El excesivo calor del estío se temple con las lluvias equinocciales que refrescan y humedecen la atmósfera; la tierra que recibe el benéfico in-

flujo de ese elemento de vida para los vegetales, vuelve á vestirse y engalanarse , como en primavera, de yerba que presta fresco y sabroso pasto al ganado. Suaves brisas corren durante el dia, especialmente en las primeras horas de la mañana y cuando el sol se acerca á su ocaso.

Los árboles que con su frondosa copa habian ofrecido solaz al hombre en su grata sombra, y asilo á los pajarillos durante los rigores de la pasada estacion, van presentándose mústios, cambiando el color de sus hojas, tornándose su hermosa verdura en un tinte amarillento no menos agradable.

Las aves viajeras, que han prestado tan grandes servicios, devorando los insectos cuyo influjo es tan nocivo para las plantas, presintiendo que se acerca la estacion fria, incompatible con las condiciones especiales de su organizacion, se re-unen en numerosos bandos, y vuelven á manera de tribus errantes á atravesar los mares, buscando el continente de Africa, de donde partieron.

El cielo aparece en días serenos con un bellísimo color azul, que se observa con doble encanto después de haber vivido algunos meses en una atmósfera canicular.

El lecho de los ríos, cubierto la mayor parte de menuda arena, y surcado cuando más por tortuosas y escasas corrientes de agua, vuelve á recibir en su cauce el caudal que le prestan las lluvias, convirtiendo su manso curso en rápido y precipitado torrente.

Agréganse á todos estos accidentes que ofrece la estación que es objeto de este artículo, la belleza de los crepúsculos, los hermosos arreboles con que se pinta la atmósfera cuando el sol llega á su ocaso; y atendido este armonioso y agradable conjunto, no se puede desconocer que es una de las épocas más apacibles del año, por su suave temperatura, por la pureza de la atmósfera en localidades elevadas y sanas, por la verdura con que nuevamente se atavia la tierra, por las gratas perspectivas que ofrecen los bosques poblados de altos y frondosos árboles.

Fijad , hijos mios , por un momento vuestra consideracion en el período del año que os acabo de describir , aunque con tosco y grosero pincel, y fácilmente comprendereis que no es esta estacion análoga á la primavera de nuestra vida , ni á la edad de las vivas afecciones y de las pasiones vehementes , sino á la de la madurez de la razon y del vigor de la inteligencia ; en la que el hombre recoge los frutos de sus anteriores trabajos y del mayor ó menor esmero con que ha cultivado las facultades que le ha otorgado la Providencia.

El invierno.

El invierno es la última estación del año que empieza el 22 de diciembre y concluye el 20 de marzo, desde el segundo solsticio hasta el primer equinoccio, ó desde la constelación Capricornio hasta la llamada Aries.

Es la época del año en que parece que la naturaleza enmudece, y se entrega al silencio y al reposo que exige la actividad de los anteriores períodos.

La tierra, antes embellecida por una lozana vegetación, aparece ahora árida y triste, y desnuda de todo atavío y ornamento.

Los árboles se han desprendido de sus hojas

secas y marchitas, por ser órganos de respiracion y absorcion que no necesitan ya para la conservacion de su vida, bastándoles las raices para sustraer de la tierra los elementos de su sabia.

Las aves pierden los vivos matices de su pluma, y las cantoras enmudecen, esperando el benéfico influjo de la primavera para engalanarse nuevamente con mas vistoso plumaje, y continuar sus dulces y armónicos cantos.

Los cuadrúpedos se cubren de pelo mas tosco y largo, presintiendo la estacion de los hielos y de las nieves, y la necesidad de prepararse á sufrir la inclemencia de tan rigurosa estacion.

Los reptiles vuelven á lo mas profundo de sus subterráneas estancias, donde permanecen en una especie de sueño, concentrándose en ellos la vida de tal manera, que parece un estado de muerte aparente, del que salen tan luego como llega á sentir su organizacion el benéfico influjo de una temperatura mas apacible.

El cielo contribuye con su triste y sombrío aspecto á aumentar las armonías de la naturaleza,

cubriéndose de un denso velo , producido por la condensacion del agua en vapor que se halla suspendida en la atmósfera.

El descenso notable de temperatura , la direccion de los vientos y otros fenómenos meteorológicos , son causa de que dicha agua se precipite bajo la forma de lluvia , ó se suspenda en tenuísimas partículas , constituyendo las nieblas , ó se congele , cayendo bajo la forma de hermosos copos de nieve.

La oblicuidad con que la tierra recibe durante esta estacion los rayos del sol , hace que la temperatura descienda hasta algunos grados bajo cero en nuestros climas , llegando á solidificarse bajo la forma de yelo el agua estancada y aun la corriente , particularmente en noches serenas y excesivamente destempladas.

Obsérvanse tambien las frecuentes lluvias que riegan y humedecen la tierra , prestando á los rios el contingente que necesitan para sostener su curso y conducir al Océano las aguas que ha perdido por medio de la evaporacion du-

rante el estío, las nevadas que cubren la tierra de un manto de una blancura deslumbradora, y que aumenta la belleza de algunos sitios rústicos y pintorescos paisajes; los yelos cubriendo la superficie de los rios, el agua de los arroyos y fuentes, y ofreciendo á nuestra vista figuras de caprichosos contornos, formadas por la casual colocacion de las moléculas de agua al verificarse la congelacion.

Enmedio de este silencio, de esta desnudez de la tierra, de ese reposo de los vegetales y animales, el hombre sigue con laudable laboriosidad, y merced á su inteligente prevision, empleando útilmente sus facultades, con la esperanza de que el órden invariable de la naturaleza hará que vuelva el tiempo bonancible y premie sus esfuerzos.

En efecto : el labrador cultiva con esmerada solicitud la tierra, le da las convenientes labores, le proporciona los abonos que necesita para que adquiera los principios azoados y las sales que han de alimentar los vegetales; deposita en su

seno las semillas, las tapa y protege de la acción del frío para favorecer la germinación; cuida asimismo de sostener la vida de los ganados, trasladándolos desde las sierras, donde han apacentado durante el verano á las dehesas de invierno, en las que encuentran, á pesar del rigor de la estación, abundante pasto.

El hombre de negocios, el comerciante, el jurisconsulto, el médico, continúan desempeñando las ocupaciones inherentes á sus profesiones y atendiendo á sus deberes sociales.

El dedicado á las letras y á otros trabajos de la inteligencia, no interrumpe sus afanosas y útiles tareas, sino que las continúa con mas actividad; pues la razón, como la vida, parece que se concentra y gana en intensidad lo que pierde en expansión.

No perdais de vista, hijos míos, el cuadro que acabo de trazaros: en él encontrareis comprobada la verdad de que la naturaleza es armónica en todas las estaciones y períodos, ofreciendo en cada uno de ellos nuevos encantos y pers-

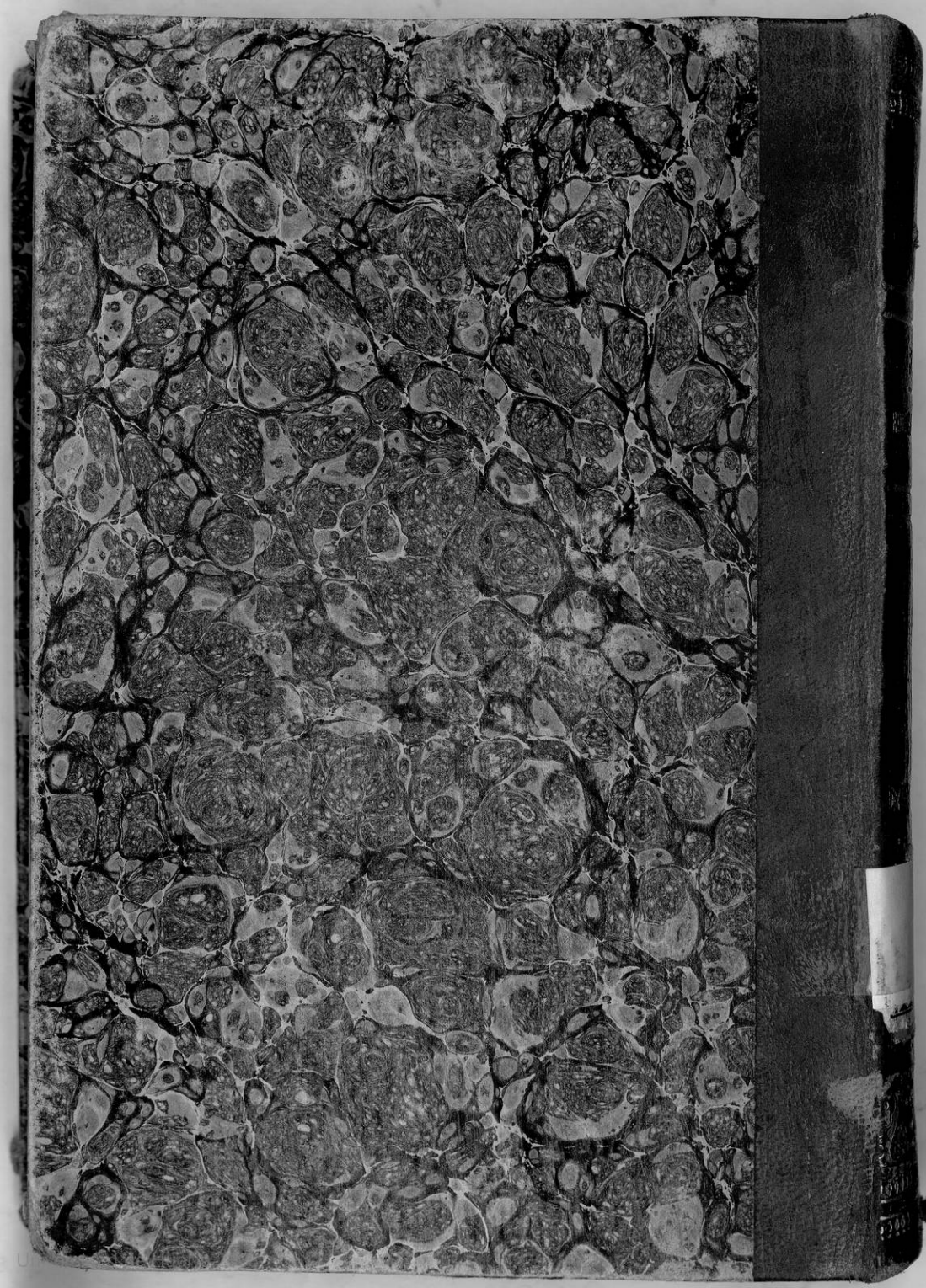
pectivas que producen nuestra admiracion. En él tambien hallareis un nuevo motivo para no abandonar nunca el trabajo, aun en los dias de la vejez, de la edad helada, que tanto se asemeja al invierno.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Págs.
PARTE PRIMERA.—Meditaciones religiosas.....	1
La existencia de Dios.....	2
Inmortalidad del alma.....	6
La Providencia.....	12
Necesidad de la religion.....	18
Fundamento de la revelacion.....	24
La verdad del cristianismo.....	30
El catolicismo satisface todas las necesidades morales del hombre.....	39
La oracion.....	46
La limosna.....	50
PARTE SEGUNDA.—Pensamientos morales.....	53
La tranquilidad de conciencia es el supremo bien du- rante la vida.....	55
De la felicidad humana, en relacion con las diversas categorías sociales.....	62
Influjo de la salud en nuestro bienestar.....	69
La expiacion.....	76
El mal bajo el punto de vista filosófico.....	80
Vivid bien y morireis tranquilos.....	86
De la fatalidad en los destinos humanos.....	93
El amor al trabajo.....	100
De la prevision en las vicisitudes humanas.....	104
Piedad filial.....	109
Amor maternal.....	113
Veneracion á la ancianidad.....	118

	Págs.
Respeto á la pobreza.....	121
Del matrimonio.....	131
PARTE TERCERA.—Vicios individuales y sociales..	139
Del suicidio.....	141
El duelo á la luz de la filosofía y de la religión.....	149
Inmoralidad del juego.....	156
Del lujo considerado bajo el punto de vista económico y moral.....	162
Del egoismo.....	169
De la sensualidad.....	175
De la embriaguez.....	180
De la avaricia.....	186
PARTE CUARTA.—Consideraciones sobre la naturaleza.....	193
La aurora.....	195
El crepúsculo.....	201
El sol.....	206
La luna.....	211
La tierra.....	216
El mar.....	222
Las montañas.....	227
La lluvia.....	233
La nieve.....	238
La tempestad.....	242
Los volcanes.....	248
Las estaciones.....	251
La primavera.....	256
El estio.....	260
El otoño.....	266
El invierno.....	271



RUBIO.

EDUCACION MORAL

**FA
XIX
B 3
22**